

Ismail-Bajá debió su desgracia á las quejas que tuvo la imprudencia de hacer delante de algunos confidentes del sultan, relativas á la omnipotencia del kyzlar-agazi. Desterrado á Chio, Ismail-Bajá salvó su cabeza mediante dos millones de duros. No fué reemplazado, hasta los diez y seis dias de su destitucion, por el kaimmekam Esseid-Muhammed-Bajá.

En aquella época estalló de nuevo la guerra entre la Rusia y la Puerta. La esplicacion de las causas de aquel rompimiento, ocasionado por las intrigas de la diplomacia europea, nos obliga á manifestar los acontecimientos que ocurrieron en la frontera asiática del imperio otomano y de la Rusia, despues de la muerte del valiente Topal-Osman-Bajá.

Los Persas, aprovechando la victoria, penetraron en Chehrezur, y reconquistaron Kerkuk y Derné: Kuplan-Gherai, khan de los Tártaros, recibió entónces la orden de marchar contra la Persia, y se adelantó hácia el Cáucaso, pasando por el territorio ruso, siguiendo las orillas de los rios Kuban y Terek; los Rusos quisieron oponerse á esta violacion de sus fronteras y dieron una batalla á los Tártaros, que duró dos horas, replegándose estos en seguida, por la orden que recibieron de la Puerta, en virtud de las reclamaciones del residente de Rusia, Nepluieff. El gabinete turco se quejaba por su parte de la entrada de las tropas rusas en Polonia, como contraria al último tratado. El residente imperial, Talman, esplicó á los ministros del sultan, en una conferencia que aquel movimiento del ejército moscovita estaba justificado por la necesidad que habia de desvanecer las intrigas de la Francia, que trataba de colocar en el trono de Polonia á Estanislao Leczynski; pero el divan no admitió aquel pretexto, y sostuvo que el tratado de paz se oponia á toda intervencion armada. Acosado el gran visir por los embajadores franceses y polacos, y por el famoso conde de Bonueval, que llegó á ser Ahmed-Bajá, escribió á los primeros ministros de Rusia y Austria, el conde Golowkin, y el príncipe Euje-

nio, quejándose de la violacion de los tratados. Por último, despues de interminables negociaciones entre la Puerta y la Rusia, y mientras que todas las potencias marítimas hacian los mayores esfuerzos para conservar la paz, á lo que se oponian la Francia y la Polonia, se rompieron las hostilidades en marzo de 1736, dando principio por el sitio de Azof. Al recibir el sultan esta noticia, declaró la guerra á la Rusia con toda solemnidad, y el gran visir salió del campamento de Daud-Bajá, el 6 safer 1149 (16 de junio de 1736).

Con todo, para resistir con ventaja á las tropas de la Rusia, era preciso poder oponerle todas las fuerzas de la Turquía. La paz con la Persia era indispensable, tanto mas que las tropas del sultan habian sufrido muchos descalabros desde la muerte de Topal-Osman. La derrota mas decisiva que padecieron los Turcos fué el 22 muharrem 1148 (14 de junio de 1735), en una grande llanura, entre Baghawerd, y Akhikendi. El ejército turco fué completamente derrotado: Sari-Mustafá, gobernador de Diarbekir, y el serasquier Kupruli-Abdullah, hijo de Kupruli Mustafá, quedaron en el campo de batalla, y sus cabezas puestas á los piés del vencedor.

Ahmed-Bajá, gobernador de Bagdad, nombrado serasquier en reemplazo de Kupruli Abdullah, envió plenipotenciarios á Tiflis para tratar de la paz. Asistieron á la coronacion de Nadir-Cháh, que cansado del título de rejente del imperio, se hizo nombrar soberano, cediendo, decia hipócritamente, al pretendido voto nacional. El usurpador despidió á los embajadores turcos, y nombró tres plenipotenciarios para tratar con la Puerta. Por último se firmó la paz en djemazi-ul-ewwel 1149 (setiembre de 1736), al cabo de ocho conferencias, en las que se discutieron, además de las cuestiones políticas, los puntos de controversia relijiosa, que desunian á los Turcos y á los Persas. La Puerta reconoció por aquel tratado á Nadir-Cháh por soberano del Iran, se obligó á proteger á los peregrinos persas que irian á visitar los sepulcros de

los imanes Ali y Huzein, y á considerarlos como *sunnis* (católicos), á condicion que pronunciarían con veneracion los nombres de los cuatro primeros califas y de los compañeros de armas del Profeta, y que hablarían con respeto de la familia de Mahoma. Los límites de los dos imperios se fijaron con arreglo al tratado firmado por Sultan-Murad IV, en 1639.

Mientras que la Puerta negociaba con Nadir-Cháh, el ejército ruso, á las órdenes del feld-mariscal Munich, continuaba su marcha militar, se apoderaba de las plazas de Orkapu, de Kilburun, de Gheuslewe (*Kostou*), de Baghtché-Serai (*palacio del jardín*), de Ak-Mesdjid (*mezquita blanca*) (1); Azof habia sucumbido anteriormente á los esfuerzos del general Lascey.

El khan Kaplan-Gherai, que tan mal habia defendido sus estados, fué reemplazado por Feth-Gherai. Este último regresó á Crínea, despues de haber recibido las órdenes del gran visir, á donde atrajo la victoria y reparó las derrotas anteriores.

Sin embargo, el gabinete turco deseaba la paz, y titubeaba entre la mediacion de Austria y la de la Francia y Suecia, que le ofrecian al mismo tiempo. El embajador imperial Talman recibió del kiahia-bey la seguridad de que la Puerta deseaba á cualquier precio la alianza del Austria. Los representantes de las potencias marítimas, á invitacion de la Puerta, mediaron para asegurar la duracion de la paz: propúsose celebrar un congreso en Niemirow, ciudad de Polonia, situada á cierta distancia de las fronteras de Turquía. Pero mientras trataban de estas negociaciones, el Austria y la Rusia concluian un tratado ofensivo y defensivo contra el Gran-Señor. A pesar de estas demostraciones hostiles, se reunieron en Niemirow los plenipotenciarios turcos, austriacos y rusos. Despues de algunas conferencias se separaron sin haber deter-

(1) Es la ciudad que se llama en el dia «Simferopol, ó Achmetchet,» alteracion de «Akmesdjid.» Es la residencia del gobernador de la Crímsa.

minado la mas mínima cosa, habiendo las exorbitantes pretensiones de la Rusia obligado á los ministros de la Puerta á consultar con el gran visir. Se fijaron dos meses de plazo para recibir la contestacion; pero Muh-sin-Zadé-Abdullah-Bajá, sucesor de Esseid-Muhammed-Bajá, dejó pasar aquel tiempo sin esplicarse, y se disolvió el congreso.

En la campaña de 1737, se apoderó de Oczakow el mariscal Munich. La pérdida de esta plaza tan interesante ocasionó la caída del gran visir, y la del khan Feth-Gherai, que fué reemplazado por Menghl-Gherai. Entre tanto invadia el general Lascey la Crimea, y una escuadra, á las órdenes del contra-almirante Bredal, recorría el mar Negro. En vano ensayaban por su parte los Turcos de reconquistar Oczakow; ya habian perdido mas de veinte mil hombres delante de esta plaza.

Mientras que los Rusos marchaban de victoria en victoria, tres divisiones austriacas atacaban á la vez la Servia, la Bosnia y la Valaquia, la primera á las órdenes del duque de Lorena y del feld-mariscal Seckendorff; el príncipe de Hildburghausen mandaba la segunda, y la tercera obedecia al general de Wallis. Los Imperiales principiaron la campaña felizmente: los Turcos les abandonaron por de pronto ocho ciudades, y poco despues á Nisa, con todas las municiones de guerra que habia en esta plaza. Pero la fortuna mudó pronto de partido. Entró la discordia entre los jenerales austriacos, y desde aquel momento, no teniendo sus operaciones la combinacion y concierto necesario para llevar adelante un plan de campaña, tomaron los Turcos la iniciativa. Los Imperiales, completamente derrotados delante de Banyaluka, se retiraron en desórden; las tropas austriacas que sitiaban los fuertes de Czetin y de Busin, abandonaron su empresa, y se reunieron con el príncipe de Hildburghausen. Bey-Zadé-Muhammed-Aga encontró y batió á otra division alemana en Vallievo, y se apoderó de esta ciudad. Nuevas derrotas concluyeron, en Servia, con las

tropas imperiales: los Turcos volvieron á tomar á Nisa y Kraiova: los Imperiales fueron desalojados de la Valaquia, de la Moldavia, de Orsova, y los vencedores quemaron siete buques de la escuadra enemiga delante del fuerte de Santa Isabel. Sin embargo, despues de esta gloriosa campaña para las armas musulmanas, tuvo el gran visir que abandonar el sello, y entregarlo al kaim-mekam-Yeghen-Muhammed-Bajá.

Animado el nuevo ministro de un espíritu mas guerrero que sus antecesores, no queria al principio admitir la mediacion de la Francia, que su embajador Mr. de Villeneuve ofrecia continuamente á la Puerta; con todo consintió por fin el gran visir en recibir á aquel diplomático, y este lo decidió á la reunion de un congreso para negociar la paz general. Pero las miras secretas del ministro turco eran de firmar un tratado separado con el Austria ó la Rusia sin necesidad de la mediacion de la Francia. No por eso se desanimó Mr. de Villeneuve, y redobló sus esfuerzos para entablar las negociaciones. En este intermedio entró en campaña el ejército imperial, y vino al encuentro de los Turcos. Seckendorff é Hildburghausen habian perdido la confianza del emperador, y ya no mandaban las tropas. El príncipe de Lorena mandaba en jefe, teniendo por su segundo al feld-mariscal Koenigsegg.

Los Turcos fueron batidos, en esta nueva campaña, en Kornia, cerca de la ciudad de Mahadia, que cayó en poder del enemigo. Pero estas desgracias fueron reparadas muy pronto por la conquista de Semendria, de Mahadia, de Orsova, y la destruccion de un cuerpo de húsares casi debajo de los muros de Belgrado.

Las armas del sultan no fueron menos dichosas contra los Rusos. El general Munich fué batido cerca del Dniester, y las enfermedades diezmaron su ejército. El kapudan-bajá Suleiman encontró una escuadra moscovita en el mar de Azof; no pudiendo resistir el almirante ruso, se dirigió á la costa, y pegó fuego á los navios; por último, los Tártaros obli-

garon al ejército ruso á repasar el Boristene.

Sin embargo la Puerta admitió definitivamente la mediacion del embajador francés, y la Rusia y el Austria hicieron lo mismo; pero las negociaciones dirigidas por Mr. de Villeneuve, durante las últimas hostilidades, no tuvieron efecto, porque el gran visir reclamaba obstinadamente á Azof, y se negaba á devolver Orsova. Yeghen-Muhammed-Bajá continuaba con actividad los preparativos de la próxima campaña, á pesar de la grande oposicion del khan de los Tártaros, que reunió á su partido todos los que deseaban la paz, consiguiendo este hacer desterrar al ministro guerrero. El Hadj-Muhammed-Bajá, gobernador de Widdin, lo reemplazó, y se ocupó con mucha actividad en alistar jente para la nueva campaña. Se puso en marcha al frente del ejército; alcanzó cerca de *Hyzardjik* (Krozká), á los Imperiales, mandados por Wallis, y los derrotó completamente, el 16 rebi'ul-akhir 1152 (23 de julio de 1739), á causa de las desacertadas maniobras del general austriaco. Duró el combate cerca de quince horas, y si el gran visir hubiese sabido aprovecharse de su victoria, hubiera perecido todo el ejército imperial, habiéndose salvado la caballería y parte de la infantería que no entraron en la accion.

Tres dias despues de esta memorable victoria, abria el gran visir la trinchera delante de Bagdad, é intimaba la rendicion á la guarnicion. El embajador frances siguió el cuartel general turco: hubo un armisticio entre Wallis y el gran visir, y las negociaciones dirigidas por Mr. de Villeneuve terminaron firmándose la paz. La primera condicion era la devolucion de Belgrado por los Austriacos, habiendo discutido mucho tiempo para saber si se habian de derribar, ó conservar las fortificaciones; se convino por último, que se conservarían las antiguas y se derribarían las nuevas. Además devolvía el Austria la Valaquia, la Servia, Orsova y el fuerte de Santa Isabel. El Danubio y el Savia eran

los límites de los dos imperios. La tregua debía durar veinte y siete años.

El convenio con la czarina contenia, entre otras cosas, la demolicion del fuerte de Azof, la obligacion, por parte de la Rusia, de no tener navios ni en el mar de Azof, ni en el mar Negro, que todo el comercio de la Rusia se haria con buques extranjeros, y devolver todas las conquistas que habian hecho los Rusos en aquella guerra que acababa de concluirse; cláusula que nadie podia esperar, despues de las ventajas que habian obtenido últimamente los Moscovitas contra los Turcos, á quienes habian batido en Savutchané á quienes habian cojido Choczim, Yassi, y toda la Moldavia. En compensacion de las ventajas concedidas á la Puerta, aseguraba esta á los Rusos todas las ventajas comerciales de que gozaban las otras naciones; el libre ejercicio de su religion en todo el imperio turco; la residencia en Constantinopla de un embajador moscovita, que tendria las mismas prerrogativas que los ministros de las grandes potencias de Europa; y se obligaba por último el sultan á dar á la czarina el título de emperatriz, que le habia negado hasta entónces.

El tratado de Belgrado es uno de los mas gloriosos que haya hecho la Puerta. Los jenerales y plenipotenciarios austriacos Wallis y Neipperg, cuya conducta política y militar fueron la causa de una paz tan desventajosa, fueron depuestos por el emperador Carlos VI.

El marqués de Villeneuve, que habia manejado las negociaciones del tratado de Belgrado, gozaba de gran crédito en la corte del Gran Señor: determinó al sultan á firmar, el 20 de enero de 1740, una alianza defensiva con la Suecia. Esta potencia fué reconocida como aliada del imperio turco; y para pagar la deuda que Carlos XII habia contraido con el sultan-Ahmed III, regaló á la Puerta un navio de guerra y treinta mil fusiles. El embajador francés consiguió del Gran Señor nuevos privilegios en favor del comercio francés, en recompensa del celo que

manifestó en aquellas circunstancias.

Apenas tuvo tiempo el gran visir Elias-Bajá, despues que se firmó la paz, para trabajar en la demarcacion de los límites territoriales con la Rusia y la Alemania; pues le retiraron los sellos del imperio por la influencia de la Sultana-Validé y del kyzlar-agazi, confiándolos al kaim-mekam-Ahmed Bajá.

La paz de Belgrado acababa apenas de asegurar la tranquilidad de Europa, cuando un acontecimiento imprevisto encendió la guerra: la muerte del emperador Carlos VI, acaecida el 20 de octubre de 1740, armó contra su hija todas las potencias cristianas, deseosas de despojar á la augusta huérfana. Sultan-Mahmud fué el único soberano que dió en aquella ocasion el ejemplo de desinterés y respeto por la fe jurada. Lejos de tomar parte en la lucha que podia hacerle esperar la conquista de sus antiguas posesiones y de otras nuevas, escribió á los monarcas de Europa una carta invitándolos á la paz, ofreciéndoles su mediacion (1): no fué admitida; y no habiendo podido el sultan hacer prevalecer sus jenerosos consejos, permaneció espectador neutral de aquella larga guerra que no concluyó hasta el año de 1748, por el tratado de Aquisgran.

(1) Presentamos algunos fragmentos de aquella carta digna de atencion, en la que el gran visir, hablando en nombre de su soberano, de un soberano «mahometano», procura atraer los príncipes «cristianos» á los sentimientos de justicia y de humanidad, presentándoles el cuadro de los males que acarrea la guerra.

«¿Qué alma sensible, qué ser humano no tiembla á la vista de los males que acompañan á la guerra!... arroyos de sangre riegan las campiñas; el ánjel de la muerte mide con pasos iguales al vencedor y al vencido; las horribles enfermedades contagiosas siguen los pasos de los ejércitos, los atacan, los abaten, y destruyen aun en medio de la victoria, los precipitan en fin en la inmundicia hoya, en la que los confunde la muerte, y los iguala con los mismos animales; así castiga á los hombres degradados, por haber imitado la ferocidad de las bestias en sus insensatos furros.

«El horroroso jenio del mal, lanzando el grito de guerra, corta con su flamígera espada el lazo que unia á las naciones; cesaron todas las relaciones entre hermanos; el

En aquella época murió, á los noventa años de edad, el anciano kyzlar-agazi, que participaba con la Sultana-Validé del privilegio de gobernar al débil-Mahmud. Fué reemplazado por un jóven Indio llamado Bekir, quien no tardó mucho en escitar contra su persona los clamores del pueblo. Secundado por un esclavo, llamado Suleiman, y por el Armenio Agop, instrumentos de sus rapiñas, tuvo la audacia, despreciando las leyes, de asesinar al mollah de Escútari, á quien habia ultrajado, porque se habia quejado y pedido justicia contra él. Todos los ulemas juraron vengar la muerte de uno de sus compañeros; pero Sultan-Mahmud, invisible á todos sus súbditos, permanecia encerrado en el fondo del serrallo, y la queja no podia llegar á su noticia. El pueblo, para que su soberano lo pudiese comprender, inventó un medio muy extraño, y que se ha repetido otras muchas veces despues: dispararon flechas guarnecidas con estopa azufrada, llamas *kondaks*, durante la noche, sobre los tejados de las casas de Constantinopla, que son de madera (1); durante veinte noches consecutivas aquellas señales espantosas indicaron al Gran Señor el voto mudo de la nacion; comprendió por fin que era preciso castigar algún gran criminal, y principió destituyendo á su primer ministro. Pero continuaban todavía las mismas señales; y el sultan iba tal vez para descifrar aquel espantoso enigma, á dar órdenes para cortar algunas cabezas inocentes, cuando el mufti se determinó á revelarles los crímenes de Bekir y de sus

derecho del mas fuerte llega á ser el código de los hijos de Adan; la sangre ó las lágrimas de las victimas atestiguan sobre esas planchas de bronce, que cada virtud ha encontrado su ajamiento, la debilidad su verdugo, la inocencia su opresor, y el pudor su sacrilegio. Para evitar tantos crímenes y desgracias, para llenar las miras de Dios, mi sublime emperador, que es nada menos que la sombra de «Allah» en la tierra, invita á los príncipes cristianos á reconciliarse, y les ofrece su poderosa mediacion.

(1) Las casas de Constantinopla son por lo general de madera; únicamente los kbanes, las mezquitas y algunos palacios son de piedra. Esta circunstancia explica la frecuencia é intensidad de los incendios en aquella capital.

dos cómplices, le pidió justicia, sin ocultarle que si la negaba comprometeria su trono y su vida, y consiguió la sentencia y ejecucion de los tres criminales. Estas ejecuciones tranquilizaron al pueblo, y enriquecieron al tesoro con cuarenta y cinco millones de plata acuñada, sin contar las piedras preciosas y demás preciosidades que habia atesorado el avaro favorito. Este acto de severa justicia puso freno, por algun tiempo, á las rapiñas de los grandes del imperio, que por lo general quedaban impunes.

En aquella época (1746), apareció en la Arabia la secta de los *Wehhabis*, poco numerosa y despreciada al principio; pero que habia de ser, un dia, el terror del imperio turco. Un jeque, llamado Muhammed, natural del Yemén, se anunció como reformador de la religion musulmana. Reconocia el origen divino del Coran; pero lo comentaba de distinto modo que los Mahometanos-Sunnios, y pretendia devolverle su pureza primitiva. Apoyaba su mision con profecías supuestas, aplicándose una tradicion esparcida por el Egipto, que anunciaba la mision del nuevo enviado de Dios: decian que Suleiman, simple pastor, abuelo del jeque Muhammed, habia visto, soñando, salir una llama de su cuerpo, la que se esparció con velocidad por la campiña y abrasó á todos los habitantes. Esta vision, explicada por los jeques, anunciaba, decian ellos, que uno de los hijos de Suleiman impondria sus leyes á la Arabia. Sin embargo, á pesar de la profecia, Abdul-Wehhab, hijo de Suleiman, no fué el legislador que se esperaba, sino únicamente el padre del reformador Cheikh-Muhammed, quien por no desmentir sin duda al oráculo, dió á sus sectarios el nombre de *Wehhabis*. Despues de tres años de correrías inútiles por la Siria y las orillas del Eufrates, rechazado de al Meca, de Damasco, de Bagdad, de Bassora, volvió á la Arabia; apoyado allí por el Emir-Ibn-Se'ud, á quien habia afiliado á la nueva doctrina, la que abrazó toda la tribu que estaba á sus órdenes, si-

guiendo el ejemplo de su jefe, principió á convertir las poblaciones inmediatas por la fuerza de las armas, y tres años despues de sus primeras ventajas, emprendió la conquista del Arabia. Los discípulos de Cheikh-Muhammed, como todos los neófitos, se distinguian por su fanático entusiasmo, por sus rijidas costumbres, y por el desprecio de la muerte, causa principal de esos triunfos casi milagrosos que señalan siempre los primeros pasos de los lejisladores conquistadores. Ocupado únicamente Sultan-Mahmud de conservar la paz en lo interior y exterior de su imperio y la tranquilidad en su capital, despreció tan insignificantes adversarios, llamándole mas su atencion la Rusia. Esta potencia que no consideraba sus tratados con la Puerta sino como unas treguas necesarias para tomar fuerzas y volver á empezar las hostilidades, se propasaba á violar las cláusulas mas explícitas de los convenios, formando poblaciones, edificando fortalezas en los dilatados desiertos que se estienden del Bog al Nieper, barrera puesta por la naturaleza para separar los dos imperios. Receloso Sultan-Mahmud de aquella infraccion tan manifiesta de los tratados, exijió con toda formalidad que cesasen aquellos trabajos, satisfaccion que no pudo negar la czarina Isabel; pero no cesaron sino por algunos meses. La salud del sultan estaba gravemente alterada hacia ya algunos años: tenia una fistula que no le permitia montar á caballo, quiso, por conformarse con una ley política y religiosa á la vez, ir el viérnes á la mezquita de Santa-Sofía. Esta imprudencia, por no descontentar al pueblo, le fué fatal: rendido por la violencia del mal, apenas tuvo tiempo de llegar al serrallo, en donde espiró el 13 de diciembre de 1754 (22 safer 1168), en los brazos de los *tchohadars* (1) que lo acompañaban.

(1) Los «tchohadars» son los ayudas de cámara del sultan: el número de estos es de cuarenta. Acompañan al sultan á la mezquita; van ricamente vestidos y llevan á la cintura un látigo con largas cadenas de plata, un alfanje y un puñal guarnecidos de plata. El jefe de estos, el «bach-tchohadar»,

Tenia cincuenta y ocho años de edad, y habia reinado veinte y cuatro.

Todos en jeneral sintieron su muerte. Su carácter humano, afable y benigno le granjearon el amor de sus súbditos, porque no se le pueden imputar como crueldades las ejecuciones de los rebeldes que amenazaban trastornar la tranquilidad pública del estado, y que el interés jeneral reclamaba aquella vindicta: inclinado naturalmente á la clemencia, perdonó la vida á los ministros que habian incurrido en su desgracia. Tenia mucha inclinacion á las artes liberales y mecánicas, y trabajaba con perfeccion la joyería y platería. Su reinado, que principió por actos de severa justicia, no fué de los menos gloriosos para las armas turcas que brillaron mas de una vez con aquella gloria que les recordaba sus primeros triunfos. La Alemania, la Prusia y la Persia se vieron reducidas á firmar tratados muy ventajosos para la Puerta; por último, dejó este príncipe á su muerte, gracias á la solicitud con la que vijilaba para conservar la paz, y procurar la felicidad de su pueblo, el imperio en un estado de prosperidad incontestable.

CAPITULO XXVI.

SULTAN-OSMAN-KHAN III, HIJO DE SULTAN-MUSTAFA-KHAN II Y HERMANO DE SULTAN-MAHMUD-KHAN I.

Cuando Sultan-Osman, por la muerte de su hermano Sultan-Mahmud I, subió al trono, habia pasado ya cincuenta y tres años retirado en el antiguo serrallo. Admirado y deslumbrado este príncipe por el brillo de su inesperada elevacion,

lleva los adornos de oro: camina á la derecha del Gran Señor con la mano puesta sobre las ancas del caballo que monta el sultan. Lleva en un bolsillo su túnica, sobre el pecho, las sandalias de su señor metidas en una bolsa de seda. Su teniente el «ikindji-tchohadar» camina á la izquierda del sultan. El «tchohadar-agá» ó jefe del guarda-ropa esparce al pueblo, por toda la carrera desde el serrallo á la mezquita, puñados de pequeñas monedas nuevas de plata.